

**SELECCIÓN DE CUENTOS**  
**(EL CASTILLO DEL ALSINOR)**

*Pedro Emilio Coll*

EL COLIBRÍ

ESCENA FIN DE SIGLO

LUCIANO, escritor público, aire de vividor, 33 años.

ALINA; su mujer, alegre y nerviosa, 24 años.

Sala elegante en casa de Luciano; éste vestido a la última moda, fumando en boquilla de ámbar, se pasea distraídamente. Alina en una mecedora, con los ojos entornados, se balancean con la punta del pie. Después de almuerzo. Primer año de matrimonio.

ALINA.-¡Ay, qué divertido!

LUCIANO. -Qué dices?

ALINA. -Estaba pensando en Nana.

LUCIANO. -¿En quién, en tu mamá?

ALINA. -¡Caramba! (*dándose con la palma de la mano en la boca*) y yo que no quería decirte nada hasta que no hubiera concluido de leerla.

LUCIANO. -¿Pero qué es? No comprendo.

ALINA. -Mira es... Yo quería sorprenderte, pero ya te lo dije (*coquetea picarescamente; va hacia su marido, quien se deja acariciar mientras quita con la uña la ceniza de su cigarro*). El otro día me puse a oír por la cerradura...

LUCIANO. -¿Por la cerradura?

ALINA.-Sí, por la cerradura de la puerta de tu cuarto de estudio. Hablabas en alta voz y dabas voces como si se te ocurriera algo; yo me dije: ¿Qué tendrá Luciano? Y fui en puntillas y miré por la cerradura. Fue sin culpa. Tú ibas de un extremo a otro de la habitación, gesticulabas mucho y parecía que estabas muy nervioso; de repente te detuviste delante del poeta aquel, que sentado junto a tu escritorio se retorció como LUCIANO. -¿Qué poeta, Alina? No entiendo nada de lo que dices.

ALINA. -¡Jesús! el poeta aquel que escribió unos versos muy bonitos en el álbum que me regalaste el día de nuestro compromiso, ¡te acuerdas que me llamabas! Torre de marfil, colibrí de oro.

LUCIANO (con repentino disgusto). - Bueno, bueno, sigue.

ALINA. -Te detuviste y con voz casi colérica le decías; me acuerdo muy bien ( *fingiendo seriedad e imitando la voz de Luciano*) "Al fin tendremos que hacer un manicomio para meterlos a ustedes. La poesía se va, se va y se va: nuestro siglo es de positivismo, de industria, de civilización. La fisiología ha cogido a todos los rezagados del progreso y los ha puesto en la mesa de disección; el gusto por la rima es un atavismo, un estado morboso, la crítica patológica lo ha comprobado. ¡Señor, venirnos a hablar ahora de idealismo después de lo que ha escrito Claudio Bernardo". (*Luciano golpea el suelo con el pie y hace un movimiento de impaciencia al oír decir a su mujer Bernardo en lugar de Bernard. Alina no se apercibe y continúa*). Algo que no pude oír te contestó entre dientes el poeta... ese que me llamó Colibrí, pero debió ser muy malo porque te pusiste como rabioso y dando un golpe sobre el escritorio le replicaste: "¿Sí, ¿y

qué mayor honra para el naturalismo que proceder de tal estirpe? Eso es lo que los subleva a ustedes los que no pueden soportar de frente la luz de la verdad. Pues bien, yo declaro que haría una pira con todo ese fárrago de sentimentalismo y antiguallas que solo sirve para engañar a las mujeres y a una docena de desequilibrados. ¡Sí, todos al fuego! Hasta ese Bourget y la cáfila de mojigatos que lo siguen; el tal Bourget que toma agua de Lourdes para el reumatismo, como he visto en un periódico de Madrid. Solamente a Zola con su obra inmensa dejaría en pie, y que lo lean todos, en las escuelas, las mujeres, los niños, todos. Tú hablas sin saber. ¿Has leído tú *La Tierra*? ¿Has leído tú *El Dinero*? ¿Has leído tu esta obra insigne?"... Y con un movimiento rápido sacaste del estante de los libros uno que arrojaste con furia sobre la mesa; el poeta lo miró de reojo y sonriendo socarronamente, exclamó: "Anda, Luciano, ponte el sombrero y vámonos a la calle; te conviene el aire fresco", y tomándote del brazo, casi te arrastró fuera de la habitación, dándome apenas tiempo para ocultarme detrás de la cortina, porque no quería que supieras que te había escuchado. Habías dejado al salir abierta la puerta, entré a tu cuarto, sobre la mesa estaba todavía el libro; el pobre. Con tu brusquedad había sufrido mucho; miré curiosamente la primera página, en la carátula amarilla con gruesas letras negras leí "*Nana*, por Emilio Zola." (*Lucía no palidece y se muerde los labios*) ¿No era ese el escritor que tu decías que era el único bueno, el que debían leer las mujeres? ¡Ay qué gusto para ti sería cuando supieras que yo lo había leído! Me lo lleve y a hurtadillas de ti lo leía para darte después una sorpresa! Pero aún no he llegado al fin y no sé cómo terminará la pícara *Nana*, de seguro se casa con... (*Luciano no sabe qué responder. Alina habla Aturdidamente*). ¡Ay Dios mío!... lo malo fue que la otra noche estuve leyendo hasta muy tarde, tú no habías venido del Club; me latían las sienes y me acosté, pero a poco entre dormida y despierta soñé... ¡ay qué vergüenza! que había salido al teatro, al escenario, yo veía miles de pecheras blancas, como *Nana*, así... desnuda, sin nada, oí un atronador aplauso, como una inmensa voz de admiración y me desperté agitada... ¡Ay qué vergüenza! (*se cubre el rostro con las manos*).

LUCIANO. -(*angustiado y colérico, habla febrilmente y casi sin saber lo que hace aprieta con fuerza el brazo de su mujer*). ¡Basta!... ¿en dónde está ese libro?... pronto!... dámelo... dame el libro, te digo!

ALINA. -¿Pero qué es Luciano?... ¿Qué tienes?

LUCIANO. -El libro!... el maldito libro!... si no quieres que...

ALINA. - ¿Pero qué tienes?... Yo no sabía!...

LUCIANO. -¡¡Dámelo!!

ALINA. -Sí... Sí... Pero si yo no sabía... Toma (*saca el libro de un cofre de bordados; Luciano se lo arrebató de las manos*).

LUCIANO. -Ah!... (se enjuga la frente con el pañuelo). ¿Es decir que te has propuesto revolver mis papeles extraviar mis libros!... Luego no debías ignorar que no es esta lectura para una mujer, para una señora honrada como supongo debes serlo tú.

ALINA. -(*sorprendida*). ¿Pero no decías el otro día que...

LUCIANO. -(*tratando de contenerse*). No tienes necesidad de desorganizar mi biblioteca cuando te he formado una para ti de obras morales, versos...

ALINA. -¿No decías que eso solo sirve para engañar?

LUCIANO. -Mira... Alina. Sé lo que digo y tú hablas torpemente. Hay razones que no tengo para que exponerte; y... además el primer deber de una mujer es obedecer sin replicar lo que le imponga su marido. ALINA (*comprendiendo y con disimulada ironía*). Ah!... no es eso lo que sostienes en uno de los últimos números de la "*La Revista Independiente*", al tratar de "*Los Derechos de la esposa*".

LUCIANO. - ¿También has leído?...

ALINA. - Sí, y creo que he cumplido con una obligación. ¿No es obra tuya? ¿No proclamas allí los vínculos que a juicio tuyo deben constituir el verdadero matrimonio? ¿En dónde buscar mejores máximas para mi comportamiento en el hogar que en tus propios escritos? Pues bien en ese artículo te sublevas contra los que franca ó hipócritamente creen que en el hogar el hombre es un amo y la mujer una esclava que "debe obedecer sin replicar".

LUCIANO: (*iracundo*) ¡Cállate! Y no me contradigas!!... Ya hasta quieres quitarme el derecho de escribir para el público! ¡Aquí no hay más señor que yo! Una cosa soy de la puerta de la calle para fuera y otra en mi casa!... ¡Ah, no es posible vivir de esta manera!...(Entra con ímpetu en su cuarto y cierra con violencia la puerta. Alina inmóvil. Silencio).

ALINA. - Luciano!... Luciano! (*Llamando con voz suplicante*) ¡Dios mío, Dios mío y yo que no sabía que eso era malo! (*se echa a llorar sobre el sofá cubriéndose la cara con los brazos*).

## LA SOTANA DEL CURA

*Para Anatole France.*

Maestro, el curita de Normandía, a quien conocisteis, no tenía un alma más piadosa y bienaventurada que la del curita de Aguas-claras. Habéis referido en *La resedá del Cura* cómo el diablo tentó a aquel que no se había permitido menor sensualidad, penetrándole por la nariz en la forma impalpable y deliciosa del aroma de la resedá y encendiendo así en el espíritu beatífico del curita deseos pecaminosos y mundanos; gracias que el ángel Gabriel, disimulado bajo el plumaje de una gallina blanca, escarbara la raíz de las plantas y la secura permitiendo que el santo alcanzara de este modo el camino de la perfección. Pero el diablo se hace cada vez más sutil y su perversidad está a punto de igualarse a la de los hombres, como os lo demostrará la historia del curita de Aguas-claras.

La sotana del Padre Celestino era una sotana deshilachada y roída; los años, la lluvia y la intemperie de los caminos le habían ido comiendo los hilos y gastado los pespuntos; cuando a pleno sol, el curita de Aguas-claras atravesaba con su gran paraguas de lona, la plazuela de la aldea, la sotana despedía tonos verdes y violeta. Sea porque el Padre Celestino hubiera crecido después de su primera misa, sea que la sotana se hubiera encogido, es lo cierto que la falda no le llegaba a los tobillos, dándole de esta suerte un aire inocente e infantil. Su aspecto inspiraba lástima y simpatía; más que sus buenas acciones, que su amor copioso por los niños y los animales, la sotana verdosa y corta le había creado el respeto y el cariño de todos. Es un verdadero cristiano, decían hasta los librepensadores que no escaseaban en el pequeño pueblo de Aguas-claras, célebre por sus espiritistas y sus baños medicinales.

Pero los años pasaban y la sotana se deshacía sobre el cuerpo regordete del Padre Celestino. Además, Aguas-claras atraía de las ciudades circunvecinas, damas reumáticas y caballeros ricos y dispépticos quienes, después de deliberar que un balneario elegante tenía necesidad de un cura menos descuidado de su cuerpo, convinieron en sorprender al Padre Celestino con una sotana nueva, el día de su santo.

Se hizo venir de la capital suavísima sarga y finísimos encajes; las señoras se encargaron de la hechura de la sotana y las señoritas de los adornos. A todo esto el Padre Celestino continuaba alejado de las pompas terrenales, dando de comer a los perros y a los pájaros y repartiendo su dinero entre los pobres. El día de San Celestino (papa y confesor) el curita de Aguas-claras recibió, con indecible sorpresa, una olorosa y flamante sotana, en un gracioso cesto de mimbre en el cual se había atado una tarjeta con los nombres de las personas que le hacían el presente.

Con ingenua alegría y místico regocijo se revistió el Padre Celestino de su nueva sotana; mas a penas había echado el último botón cuando sintió que sus sentidos se turbaban; la seda crujía entre sus piernas como faldas de mujer y la tela tenía aun la fragancia de las manos femeninas que la habían acariciado; un tenue perfume de opoponax trascendía de los encajes; los dedos del curita se hundían en la sarga como en una cabellera. Una fuerza extraña lo llevó ante el turbio espejo de su cuarto, recuerdo de su hermana muerta y en el cual nunca se había mirado; se contempló en él y se encontró galante y rejuvenecido... pero en ese momento divisó en el fondo del cristal, una visión pálida, la figura de su hermana que le señalaba la sotana vieja colgada en un ángulo de la estancia.

El Padre Celestino usó hasta el fin de su vida la antigua sotana hecha girones, pidió ser enterrado con ella y murió en olor de santidad, guardando siempre una inexplicable tolerancia hacia el espiritismo.

¿No es de creerse, Maestro, que el diablo tomó la forma de una sotana para tentar al curita de Aguas-claras, como antes la del aroma impalpable y deliciosa de la resedá para apartar de la ruta del Paraíso al curita de Normandía?

## OPOPONAX

Así entra el placer blandamente, mas al cabo muerde y mata.

### *La Imitación*

Andrés se sentó al borde de la cama maciza y severa cual un catafalco; una cama de caoba con incrustaciones de marfil, donde habían muertos sus abuelos. La luz de la vela, fija en la penumbra, daba a los objetos una expresión triste, casi humana: la ropa pendiente de la percha, la flotante cortina del lecho, el espejo de luna profunda.

Después de cinco años en el extranjero, creía despertar de un sueño, en Caracas, en su antigua estancia de soltero. Andrés volvió los ojos a su alrededor reconociendo los muros que había presenciado su adolescencia inquieta y romántica; allí el miedo le hizo ver el espectro de su padre con el arma suicida en la mano, la madrugada en que aún vagaba por los anchos corredores de la casa paterna, el olor a ácido fénico y a violetas; allí había soñado con los besos devoradores de Linda de Florencia, la divina Helena de *Mefistófeles* y con Carmen la Sevillana, la bailarina sonora y ancha de caderas como una guitarra andaluza; allí forjó planes de poemas y de líricas aventuras que se desvanecían con el primer clarear de la aurora; sobre aquella almohada olorosa a incienso y alhucema, había sonreído a las quimeras y vertido lágrimas sin causa.

Cinco años en París, y ahora se veía en el mismo sitio, como si sus ojos se abrieran después de un sopor producido por el opio. Experimentaba la impresión de que todo estuvo inerte y paralizado en el transcurso de su ausencia, y que al regresar, seres y cosas se habían puesto a vivir de nuevo; semejante a esos grandes relojes de antaño, largos como urnas y cuyo péndulo, callado durante mucho tiempo, comienza a contar los minutos cuando una mano impele el empolvado disco de bronce.

¿Era imposible? Si, allí estaba para convencerlo la maleta de cuero amarillo y el ventrudo baúl de viaje, sobre los cuales se veía la marca tricolor de los vapores trasatlánticos. A su memoria principiaron a acudir los recuerdos: la barba roja del piloto, el delantal de la camarera, la frase que había oído a un pasajero: "a bordo el mareo es una distracción"; después de una bruma dorada, la estación de Saint-Lazare, llena de globos eléctricos, de mujeres, de kioscos de

periódicos; con claridad recordaba la cara de un agente de policía y la de un mozo que traía apresuradamente una copa de ajeno; luego el tren en marcha, una pared, un seto que pasa, un cordón de brasas encendidas, que la máquina deja atrás en su vértigo y que se apaga en el silencio. Con el mentón apoyado en las manos, y los codos sobre las rodillas, Andrés comenzó a recordar los días de su vida pasada. Al través de la almilla se dibujaba las finas y nerviosas líneas de su cuerpo. Un suspiro se oyó en la estancia.

Fue en París, una noche ya a fines del invierno, cuando conoció a Marión. Atraído por los violines de una orquesta de zingaros, entró en una taberna de Montmartre, donde Jehan Rictus acababa de terminar uno de sus soliloquios; el poeta de los pobres, con un codo apoyado en la tapa del piano, era una extraña figura angulosa, un Cristo de larga levita, cuyo labio enunciaban los dolores y rebeldía de la plebe. El humo de las pipas envolvía las figuras en una penumbra azulosa. Andrés se sentó junto a una mesa de mármol, y mientras bebía su copa de cerveza, un perfume intenso se extendió de pronto cerca de él, como si un frasco de opoponax se hubiese derramado sobre sus labios; aspirando aquel aroma carnal, Andrés vio a su lado una mujer alta y ondulante, la boca pulposa, cárdenas las ojeras, los senos arrogantes levantaban el abrigo de pieles cibelinas, de donde emergía una cabeza de ángel boticellesco que la orgía hubiese desgreñado; al agitar el traje esparcía en la atmósfera cálida del café un ambiente de alcoba, poblado con infinitas corrupciones. En las tabernas conocíasela con el nombre de *Mademoiselle Opoponax*, por ser éste su perfume predilecto, el señuelo invisible de que se valía para atraer a los hombres...

Detrás de la iglesia de San Severino, que alzaba su masa gótica en la noche color de perla enferma, caminaba Andrés oprimiendo contra su brazo el cuerpo enervante de Marión, la mano febril y pálida entre el abrigo de pieles cibelinas. El aire pasaba helado por sus mejillas ardorosas, y a lo lejos se oía la canción obscena de un estudiante.

Después, la eterna historia de la Safo parisiense: el amancebamiento, los besos, los golpes, la reconciliación mentirosa. La carne triunfante y la carne triste, el crapuloso hermano de Marión que se pone las corbatas y se viste con ropa de Andrés, la disolución lenta de la voluntad, Marión que se burla, Marión que le da de comer cuando no recibe la pensión que desde su casa le envían, Marión que lo engaña y huye al fin con un obrero de Montrouge...

Sentado al borde de la cama maciza y severa de sus abuelos, Andrés suspiraba. De repente, poniéndose de pie, abrió de par en par la ventana para respirar la brisa nocturna, y le pareció que el paisaje se precipitaba hacia él para abrazarlo: el Ávila azul bajo el plenilunio de estío; en los tejados los gatos maullaban, y sus pupilas semejaban turquesa, rubíes y topacios, iluminados por una satánica chispa interior. La ciudad dormía entre su anfiteatro de montañas, entre su inmensa sortija de rocas, cerrada, como un anillo episcopal, por la pura esmeralda del abra.

\*\*\*

En el restaurant celebrábase el regreso de Andrés, con una comida. Los rábanos, las hojas de lechuga, el tono gualda de la mantequilla, la púrpura del vino, destacándose en el mantel, alegraban con vivos colores la mesa, según observó uno de los comensales, y la conversación giró al tema de la pintura.

-Cristóbal Rojas -dijo Marcelo Casal- es nuestro gran pintor; su *Purgatorio* es una visión del Dante Alighieri y su *Paraíso* un ensueño de Dante Rossetti; nuestro público prefiere a Michelena porque es realista.

-Todos los pueblos nuevos son realistas; el idealismo no es comprendido sino en las razas que han recibido una larga cultura estética -asentó Ramiro Arcil, el bizarro autor de *Cuentos de opio*, de los cuales dijo grotescamente un periodista que hacían dormir.

-Señores, Michelena y Rojas perdieron su castiza originalidad en los talleres de París; son espíritus franceses; el verdadero pintor venezolano no ha a parecido aún, ni hay síntomas de que aparezca por ahora -agregó Kraun, quien con un nombre alemán, tenía un alma intransigentemente criolla y autónoma.

-Se prohíbe hablar de moral -interrumpió Marcelo. ¿Han observado ustedes, siguió diciendo, cómo el vino se hace más suave y delicioso a medida que la copa que lo contiene es más delicada y frágil? En ésta, tersa como una epidermis femenina y sutil como un encaje, el vino es una melodía de Chopin... ¡Señores brindo por el feliz regreso de nuestro querido compañero quien pronto nos sorprenderá con su traducción de los *Pequeños poemas en prosa*!

-Mi traducción de Baudelaire no está aún terminada, dijo con cierta turbación Andrés. La verdad era que nada había hecho durante su permanencia en París. La melancolía formada de fuerzas juveniles y energías sin empleo, que en la adolescencia pareció revelar en Andrés un temperamento de artista, se convirtió en una dicha animal entre los brazos de Marión; una especie de inconciencia había remplazado el exquisito malestar viril de sus diez y ocho años.

A un lado de Andrés estaba Sebastián Ferreiro con su enjuta cara de asceta y de bobalicón, y del otro Chucho Díaz, de labios húmedos y ojos saltones e inyectados. Chucho había ido también a París a estudiar escultura, pero de allá volvió convertido en mediocre fotógrafo, y sin embargo con cien proyectos de grupos colosales, que debían adornar según él parques y edificios; llevaba siempre en el bolsillo paletas para trabajar el barro, y llegaba tarde y jadeante a las citas, disculpándose con que venía de concluir en el taller una de sus obras.

Ferreiro aprobaba todas las opiniones con la cabeza, por contradictorias que fuesen, pues aspiraba a saberlo y comprenderlo todo, a ser un Leonardo de Vinci, mientras penosamente terminaba su tercer año de medicina en la Universidad. Frente a Andrés, Pepe Valenzuela lo acariciaba amistosamente con la mirada; el pobre no había podido realizar su ilusión de vivir en el Barrio Latino, pero quería con una sinceridad rayana en sacrificio, al último recién venido de París; consolábase con la amistad de los que más afortunados que él, habían tomado el ajeno con Gómez Carrillo y otros escritores americanos que viven en la gran ciudad. El simple anuncio de un hotel extranjero, lo llenaba de ternura y ansias de viajar, y en su vaga nostalgia, con sólo contemplar un sombrero de casa de Delion, imaginábase el boulevard, tumultuoso y pimpante, según se lo habían descrito, y en el boulevard, entre la multitud veía siempre las caras de los literatos y de las actrices célebres cuyos retratos conocía.

Pocas veces se había reunido tan selecto grupo de jóvenes "intelectuales", como en aquella comida con que se obsequiaba a Andrés. Días antes, separados por vanas rencillas, se despedazaban mutuamente; pero sin saber por qué, con el regreso de Andrés sentíanse unidos por un lazo fraternal; simpatizaban en un ideal común de revolución artística; sí, era llegado el momento de trabajar en obras e mayor aliento, bastaba ya de croquis, acuarelas y apuntaciones críticas.

-Sergio sólo falta aquí -exclamó alguien.

-Ayer recibí una carta de él -dijo Kraun -que tiene de filípica y de égloga tropical; algunos párrafos no están del todo mal para ser leídos de sobremesa; ellos nos ayudarían a hacer la digestión de estos platos malsanos y afrancesados.

-¿La tienes ahí? -pregunto Andrés -Léela.

Todos guardaron silencio. Kraun leyó:

"Quisiera hablarte con entera sencillez, pero aún no me he libertado de la atroz manía de hacer frases. Desde que se ha puesto en moda la publicación póstuma de las cartas íntimas, ha decaído la ingenuidad epistolar, pues allá en el fondo todos escribimos como si un día nuestras cartas debieran ser conocidas por el público. Hasta en la lista del lavado somos artificiales.

Junto con el aire de las montañas, creo respirar y recuperar un alma joven y nueva, el alma de esta raza de campesinos de los cuales descendo. Ahora que sacudo el polvo de los libros, mis ojos ven por vez primera el espectáculo que me rodea; ya no es para mí la naturaleza la materia prima de un artículo literario; si hay un arte noble está en la contemplación sin objeto del mundo; los árboles, las nubes, la luna, el rocío no son ya un pretexto para unos cuantos parrafitos triviales. Al fin vivo hundido hasta las entrañas en el amplio universo.

El río es claro y fresco con un fondo de áureas arenillas. He presenciado en la pequeña ermita del lugar una primera comunión y el bautizo de una campana; imagínate que visten la campana con velo y azahares como una novia, y en medio de un coro de niñas la embalsaman con incienso y pesjua y la arrojan flores. El toque de Ángelus, en el divino crepúsculo de los campos, me está haciendo cristiano, y como no hay por lo regular amigo que me vea y zahiera, me descubro a esa hora con la fe del carbonero.

No me fastidio, no. Aquí está de temporada María Luisa, la amiga de tu prima Isabel. Traidoramente he sorprendido, tras los cañaverales del río, su interminable cabellera suelta, el tesoro de gracias de su cuerpo virginal. No ha dejado de contrariarme la noticia de que María Luisa se va pronto para allá en compañía de la hermanita y de su tía gruñona y bigotuda.

Vente a pasar unas semanas conmigo; te enseñaré a cuidar las vacas y a pastorear los becerros. Mi rancho tiene dos adorables cuartos de bahareque, y no faltan hamacas y guitarra..."

-Sergio está chiflado -exclamó Casal cuando Kraun terminó de leer la carta.

Durante la lectura Andrés permaneció taciturno. Aquel pueblo montañés apenas esbozado por Sergio, tomaba románticas proporciones en su mente; era como si una brisa rústica hubiese pasado por su árido espíritu; su fantasía divisaba un rincón de verdura, que lo llamaba como un regazo para su corazón enfermo. La capital era una ridícula copia europea, la montaña algo grande y verdadero, obre de los cataclismos de la tierra en el transcurso de los siglos. El nombre de María Luisa pronunciado en medio de la cena, entre los dicharachos, carcajadas y las emanaciones casi nauseabundas de la comida, había despertado en él un repentino disgusto por cuanto lo rodeaba.

Encendidos los tabacos y aturdidos por los licores, bajaron en tumulto la escalera del restaurant y se dispersaron en grupos. Andrés rehusó acompañar a Marcelo Casal a un baile en los barrios bajos, a donde iba a tomar notas para su libro sobre la vida licenciosa en Caracas. A lo lejos se perdieron los pasos de Casal, quien al caminar balanceaba la brasa de su tabaco. Oíase el golpe seco de las mariposas nocturnas contra un foco eléctrico. Un cochero se dormía en su asiento con las riendas caídas sobre el lomo escuálido de los caballos y el reloj de la Catedral dio las doce en el silencio profundo de la noche.

Bajo la maravillosa claridad de la luna, la ciudad se embellecía. Las calles desiertas eran como ríos de un agua luminosa; en la plazuela de la Universidad las magnolias deslumbraban y las rosas empalidecían; las hojas de la ceiba gigantesca fingían innumerables pupilas verdes y plateadas. Solo, en medio del arroyo, Andrés se sentía invadido por la inefable poesía de la hora; amaba así a su vieja ciudad sin ruidos, sin parodias de civilización, sin gente que la afearan. Por un minuto creyóse el único sobreviviente de un pueblo desaparecido.

Sentóse en un escaño del Capitolio, y la imagen de María Luisa, tal como la recordaba antes de su partida apareció como una blancura de lirio en el horizonte de su alma. ¡La interminable

cabellera de María Luisa! Sí, la recordaba con la castaña trenza sobre la espalda, a la salida del Colegio. Sus compañeras gustaban peinarla por hundir los dedos en aquella profunda fuente de seda. Andrés desde lejos la seguía, tímido, avergonzado, sin atreverse ni siquiera a mirarla de frente; fue su primer amor de niño, un amor casto, material, incógnito hecho con la más pura esencia, con la mayor blancura de su espíritu.

Con los párpados cerrados se representó Andrés a Sergio, espionando sigilosamente a María Luisa entre los cañaverales del río; y un impetuoso acceso de rabia lo hizo poner de pie. Dolíanle las sienes, y echó a caminar a la loca, hasta encontrarse en el sitio donde en su niñez esperaba a la colegiala linda y ágil, de la larga trenza sobre la espalda. La antigua casa del Colegio había sido derribada, y ahora veíanse las fuertes puertas de un almacén, atravesadas con barrotes de hierro.

Y Andrés sintió romperse un globo de lágrimas en su seco corazón.

\*\*\*\*

Tres días después, en la sala de la Exposición, estaba Andrés al lado de Ernestina, contemplando las soberbias carnes desnudas de las Amazonas del cuadro de Arturo Michelena.

El caso de Ernestina era singular. Casada muy joven con un médico, comenzó a estudiar el canto; hacendosa como una hormiga, honesta y reposada fue, hasta que la música comenzó a efectuar en ella una transformación. Bella y de activa apariencia, las más altas notas de su garganta enunciaban el grito delirante de una oculta sensualidad. Cuando cantaba, quería Ernestina experimentar los sentimientos que inspiraron al autor de la obra lírica en el momento de la concepción, y de ese modo, inconscientemente, su propia voz fue penetrando como un mágico filtro en sus nervios, hasta convertirla en una exquisita máquina de perversas y complicadas sensaciones. Semejante a la heroína de *El Fuego*, llevaba en el rostro la huella de cien máscaras que habían simulado las pasiones mortales.

La imaginación, aguzada por la música, despertó en ella el gusto por las literaturas de decadencia, el amor secreto por los hombres de alma errante, envenenados por el arte. Amiga de la familia de Andrés, sabía que era de una sensibilidad enfermiza, y hasta sus oídos llegó la historia de los desórdenes de Andrés en París; así, a la llegada de éste, buscó la oportunidad de encontrarse con él y ninguna mejor que aquella Exposición, donde un ambiente de elegancia y refinamiento favorecía las conversaciones que en otro lugar hubieran pasado por imprudente

-¡Qué hermosas carnaciones! ¿No le parece a usted, Andrés? -decíale Ernestina con su voz de contralto. -¡Oh, yo tendría en mi alcoba esta *Pentesilea*! Ya que nuestro siglo prosaico nos condena a la monotonía, ese fresco admirable sería para mí un baño de juventud. ¡Oh, en un paisaje agreste, ir a horcajadas en un caballo, acariciada por la crin, sentir palpitar sus flancos sudorosos!

Una orgiástica ola de vida pagana hinchaba el pecho y la voz casi andrógina de Ernestina, mientras Andrés pensaba en la inspiración, que cual un soplo de efímera salud, había guiado la triste mano tísica del pintor.

Ernestina guardó silencio, y como Andrés con un suspiro exclamara: "¡Pobre Michelena!" tendió ella desdeñosamente el tibio guante de cabritilla, diciéndole con un mohín en los labios

-¡Estáis muy filosófico, Andrés!

Y al alejarse nerviosa murmuraba: "Debe de ser mentira cuanto de él se cuenta; es un hombre como todos".

El recuerdo de María Luisa, creciendo en el alma de Andrés, había derramado una amable paz en sus sentidos. París se esfumaba en su memoria; la abominable Marión, al fin había desaparecido para él, y, como si hubiera vuelto a nacer, sentía revivir el antiguo candor de la

niñez.

\*\*\*\*

Nunca como aquella noche experimentaba Andrés mayor bienestar al hundir el rostro en el agua de la jofaina. La fresca batista de la camisa lo acariciaba dulcemente; un ligero escalofrío recorría su cuerpo. De frac ante el espejo, colocaba en el ojal un botón de rosa.

Después de interminables días iba a ver a María Luisa, en el baile con que el Club obsequiaba a los marinos alemanes.

En la calle los coches resonaban con estrépito, y desde lejos veíanse avanzar los triángulos blancos de las pecheras. Al entrar al salón, Andrés recibió una caliente bocanada de aromas, un efluvio de gasas, de flores, de epidermis. Bajo los árboles lánguidos del patio, quemados por los globos eléctricos se amontonaban las parejas; de los senos descotados colgaban en un hilo de seda los diminutos lápices de los programas, que aleteaban como mariposas, en los corpiños. Entre un grupo reconoció Andrés la ancha espalda de Sergio, quien, atraído por un poder magnético, se volvió rápidamente, y soltando una carcajada, cayó en los brazos de Andrés.

-¡Chico!...eres el mismo... ¡Caramba! -exclamaba Sergio en alta voz y atolondradamente - ¡cuánto tiempo sin vernos!... Tenemos que hablar mucho... he venido... ya sabrás por qué...

Un arranque de celos y desconfianza atortojaba a Andrés hasta el punto de no saber qué contestar a los ruidosos cariños de Sergio.

-María Luisa está aquí y me ha preguntado por ti, continuó Sergio.

¡Cómo! ¿lo recordaba? ¿Había adivinado la colegiala el amor del joven que la seguía? ¿Había pensado en él? Tales preguntas surgían en tropel en la turbada mente de Andrés

-Ven -dijo Sergio -y con el brazo campechanamente echado sobre el hombro de su amigo, se abrió paso entre la multitud.

En un banco del jardín, cerca de la orquesta, estaba María Luisa junto con Isabel, la prima de Kraun. Vestida de violeta, el traje diseñaba las formas de su busto de magnolia y las líneas firmes y redondas de sus piernas.

Al llegar ante ellas, Andrés se inclinó con cortedad, y en ese instante pensó que había olvidado la corbata, llevándose rápidamente la mano al cuello para asegurarse de que no era así.

-Señorita: mi amigo Andrés -dijo Sergio a María Luisa.

-Ya sabía por los periódicos que había llegado usted -respondió María Luisa, con una franca sonrisa de sus labios en flor.

-Si señorita, va para tres semanas que estoy en Caracas.

-Y tendrá usted ganas de regresarse... es tan divertida, según cuentan, la vida de París.

Un letargo se apoderaba de Andrés, un veneno sutil penetraba por sus poros; como Marión, el cuerpo de María Luisa emanaba un perfume de opoponax. ¡Por sus ojos, por su garganta, por su boca asomábase el alma pervertida de Marión!

.....  
Y en la melodía voluptuosa de un valse de Strauss, Andrés giraba vertiginosamente con María Luisa, por cuyas venas parecían correr mil fuentes de Opoponax. En una fiesta, moría entre sus brazos la blanca ilusión, el puro ideal, el inefable candor de la niñez; e invisible para todos, menos para él, sobre las negras casacas y las espaldas desnudas, surgía triunfante la lúbrica imagen de Marión.

## LAS DIVINAS PERSONAS

### Cuento del Padre

Mucho antes de la creación del mundo, ya el Eterno había expulsado de su reino a los ángeles rebeldes. Sólo Azael escapó entonces a la cólera del Señor, a causa de los servicios que le prestó en el descubrimiento y castigo de la celeste conspiración de los malignos.

Leve había sido su falta y grande su arrepentimiento; así, le fué perdonado por Jehová, a cuya sabiduría infinita no podía ocultarse cuán fácilmente puede sucumbir un espíritu inquieto e ingenuo, como Azael, a las argucias de Satán. Un Instante seducido por éste, estuvo Azael a punto de caer envuelto en la más antigua y tremenda de las calamidades, en aquella de donde se originan todos los dolores del hombre sobre la tierra. Pues ni Eva ni Adán habrían perdido su inocencia primigenia, y descargado de ese modo todos los castigos sobre nuestra mísera especie, si Lucifer, al ser lanzado de los Imperios de Jehová, no se hubiese escondido entre las flores del Paraíso terrenal. Y como Satán antes de la creación del hombre, se aburría en las tinieblas del caos, por no poder tener a quién tentar, acometió a nuestros primeros padres con astucia y furor descomunales.

Arrepentido, pues, Azael, a los pies del Hacedor confesó sus veleidades y le reveló la trama que se preparaba contra su poder. Y Jehová lo conservó a su lado, se entretenía con sus juegos y ocurrencias y hasta lo aprovechó en misiones confidenciales a los lejanos mundos por él creados.

Por su parte, Azael comprendía que el Eterno necesitaba de su ingenio ágil y sutil, para distraerse en sus divinos ocios, sobre todo después de que el Hacedor se entregó al reposo, concluido que hubo, en siete días, la obra que perdura por los siglos; además de que el Eterno, en su ancianidad, le había encargado de vigilar los trabajos de los hombres, de cómo obedecían a sus preceptos y se oponían a las maquinaciones infernales.

Eran así frecuentes los viajes que, desde el cielo a la tierra, hacía Azael, a quien Satán no cesaba de acechar confiado en atraerle al fin a sus dominios; porque recordaba que Azael era y, por tanto, propenso al pecado como cualquier mortal.

Un día, el Señor, sin disimular su hastío, dijo de repente a Azael

-Azael, me repites demasiado la historia de la vieja conspiración Luzbel. ¿Crees tú que la ignoraba? Bien sabes que nada hay para mí oculto. Te perdoné porque me revelaste lo que ya sabía. Lo que siempre estará fuera de tu alcance es la razón de por qué la dejé estallar. Ello no será conocido sino al final de los tiempos, cuando todos los seres por mí creados vuelvan a reposar en mi seno paternal, y el mismo Luzbel retorne a mis brazos, convencido de que, sin sospecharlo siquiera, fue un agente mío para purificar por el fuego, la arcilla primitiva y convertirla en purísima substancia radiante. Azael, observo que poco te ocupas ahora de la existencia de los humanos.

-Señor -le contestó humildemente Azael- como cada vez que visito la tierra escucho y veo las mismas cosas, he concluido por aburrirme de ellas. Nada cambia allá abajo. Siempre las mismas guerras, ambiciones, odios y amores. Confieso que la monotonía sólo es soportable bajo la luz de tu presencia. Pero Señor, tu servidor soy y tus órdenes son inapelables.

-Azael -exclamó el Eterno- únicamente Jehová puede aburrirse sin que la creación vacile. A ningún ángel le está permitido sino el canto y la sonrisa. Tu incuriosidad a la larga puede perderte. Si la curiosidad perdió a Eva, fue por lo nimio del objeto a que la aplicó. Mas los que con angustia solicitan los caminos que conducen a mi trono, me son tan gratos como los espíritus puros y sencillos que creen haberlos hallado. Sólo los indiferentes son mis verdaderos enemigos.

Si esa curiosidad cesara, sería como prescindir de mí. ¡Apártate de mis ojos, Azael, y ve a la tierra!

-Perdóname, Señor -gimió de hinojos Azael-. ¿A qué sitio de la tierra deseas que me encamine? ¿De qué mortal quieres tener noticias?

-Al país de Hus, donde mora mi siervo Job, añadió lacónicamente Jehová.

Y casi sin esperar más órdenes, levantó Azael el vuelo. El Eterno oyó satisfecho el rumor de sus alas en el éter diamantino. Y, apoyando sus barbas caudalosas en la diestra, el Todopoderoso se durmió.

Despertó Jehová y al sorprender a Azael que jugaba con el borde de su túnica, resplandeciente como el sol, le increpó con estas palabras:

-¿Qué haces? ¿No has cumplido mis órdenes?

-Las he cumplido, Señor, mientras dormías por cien horas. Job, el más perfecto y recto de los que temen a Dios, es también el más rico y dichoso de los varones orientales. Su hacienda se extiende a todos los horizontes y posee siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, todas con sus aparejos.

-El siervo que sólo en trabajar se ocupa, es el mejor de mis siervos -dijo complacido Jehová

-Señor, también se regocija en banquetes, junto con sus siete hijos, sus tres hijas y sus tres hermanas.

Y como Azael observara una arruga profunda en el ceño del Creador, añadió con presteza:

-Pasados los días de convite, Job se levanta muy de mañana y te santifica y te ofrece holocaustos.

Pero el Eterno permanecía silencioso y pensativo. Todo se oscureció de súbito, menos el resplandor de Jehová. Unas inmensas alas cartilagosas hicieron aún más sombrío el espacio. Era Satán, que llegaba llamado por el Señor, que al oído le habló. Breve fue el diálogo, pero terrible para el santo de Hus, cuya paciencia iba a poner a prueba el Eterno. El enorme murciélago se alejó veloz y la luz inmaculada de los cielos imperó de nuevo.

A poco, los bueyes y las asnas, que pacían en la tierra fecundada por Job, fueron acometidos y tomados por los sabeos, y los mozos pasados a cuchillo. Apenas más tarde, igual suerte corrieron los pastores de las ovejas, sobre las que cayó fuego del cielo.

Enviado por Jehová, pudo comunicarle Azael con cuánta resignación aceptaba Job las disposiciones del Eterno.

-Sin acudir a Luzbel, le hizo observar Jehová, podría desencadenar todos los males sobre mis criaturas, pero todavía quiero mantener al rebelde en la ilusión que es tan poderoso como yo.

Y Satán recurrió a más duras pruebas para turbar la paciencia de Job. Mientras los hijos y las hijas del infeliz varón de Hus comían y bebían, un gran viento del desierto derribó la casa donde se solazaban y únicamente se salvó el mensajero que trajo la nueva a Job, quien, cayendo de rodillas, adoró al Hacedor.

Lo supo Jehová y quedó admirado de la sublime paciencia del santo. Pero notaba Azael que la paciencia del siervo comenzaba a impacientar a su Señor.

Tocó entonces Satanás la carne de Job, que se cubrió desde el pie hasta la cabeza de pústulas que manaban humores nauseabundos. Y aunque su mujer le aconsejaba apartarse de Dios y se burlaba de su simplicidad, Job callaba y, sentado en medio de cenizas, con un tejo se rascaba la lepra.

-¿Será posible tal perfección en un ser hecho de barro?, exclamó Jehová. ¿Podrá el hombre llegar ser semejante a su Creador?

- Señor, musitó Azael, con los ojos gachos y como ocultando su pensamiento al que todo lo sabe, el Omnipotente puede permitirlo, si así conviene a sus fines. Pero la paciencia de Job -insinuó con genio político impropio de los divinos lugares- me parece la más imperdonable pretensión del hombre, después de la de haber aspirado a conocer la ciencia del Bien y del Mal.

-Márchate a la tierra, que mayor es tu presunción al pretender juzgar mi obra. Márchate y hazme saber en seguida cómo soporta Job las penalidades con que Luzbel, por orden mía, últimamente le ha agobiado.

No tardó en oírse la jubilosa risa de Azael, ya de regreso del desolado país de Hus.

-Señor, -dijo Azael, casi sin tomar aliento-; grandes nuevas te traigo de Job tu siervo. Su paciencia se ha convertido en lamentosa indignación. En vano sus amigos y fieles creyentes suyos, Eliphaz, Baldad y Sophir, se han empeñado en probarle que son merecidas y justas las penas que sufre. Job vocifera, lleno de amargura. Ha perdido al fin la paciencia que, permíteme decírtelo, comenzaba a hacerte perder la tuya.

-Azael, resonó la tormentosa voz del Altísimo, vete al lado de Satán, con quien debiste estar desde el remoto día de la conjuración de los ángeles. Te creía digno de interpretar mis recónditos pensamientos. Tu inmortal mocedad te incapacita para conocer mi sabiduría. Me has creído decrepito a causa de mis años. Mis barbas blancas te han ocultado mi eterna juventud. Aléjate de mí. Eres indigno de comprender que Job impaciente está más cerca de mí que, cuando con inagotable paciencia, ya ostentaba el orgullo y la serenidad de un dios que se enfrente a mis ejércitos.

Desterrado entre nosotros, míseros mortales, Azael solicitó a Satán, a quien halló acongojado por su fracaso ante el santo Job que, de nuevo rodeado de riquezas, con tantos hijos como antes de sus desgracias, y con mayores rebaños, se durmió en la paz del Señor a los ciento y cuarenta años.

Cuando Azael refirió al Tentador lo ocurrido con Job, Luzbel, en el tono de un verdadero pobre diablo, comenzó sus reflexiones con estas simples palabras, que encierran casi toda la ciencia de los hombres y que el Eterno celebró con una carcajada, que de un extremo a otro recorrió los cielos y conmovió la creación:

-¡El viejo Jehová es incomprendible!

## Cuento del Hijo

En el pueblo, el caso de la negra Higinia era la comidilla de los vecinos. Primero se creyó que los dolores, que le hacían lanzar tan agudos gritos, se debían a que estaba encinta. Pero ¿cómo su flor virginal podía haberse deshojado a los sesenta años de edad, cuando ni mocita se le conoció novio alguno y sólo sonrió fraternalmente entonces, con sus dientes de coco, a los peones que la requebraban, a la sombra de los guamos de la hacienda donde nació de padres esclavos? Y era donosa antaño, con el cesto de cogedora de café apoyado en la cintura, o cuando iba por agua a la acequia, con la tinaja sobre las duras greñas. Después, ya vieja, seguía sonriendo como antes, pero con desnudas encías de color de rosa, y con una bondad tan natural y espontánea como las tunas que crecen al margen de los barrancos y ofrecen su dulce pulpa a la sed del viajero, bajo los soles caniculares.

Era santa la negra Higinia, como lo es la mota de tierra y el cardo silvestre y el limpio manantial que descende de las montañas, es decir, inconscientemente, que es como las cristalinas virtudes parecen participar mejor del misterio de la naturaleza. Sin embargo, no se salvó Higinia de la malediciencia. Pero, desechada la suposición, porque los meses pasaban y no

daba a luz Higinia, se atribuyó su dolencia al mal de ojo, con que se creía la dañara un italiano bizco que, vendiendo zarazas y baratijas, pasó por el poblado, con su caja al hombro, inclinado hacia la tierra, como un nazareno vestido de pana y con zapatos de gruesos clavos. Se hizo venir a la curiosa, que la ensalmó con hierbas mágicas y oraciones de desembrujar; pero el dolor continuó tenaz.

Aseguraba, por su parte, don Liborio, el boticario, que se trataba de un principio de epilepsia, enfermedad que, a su entender de farmacéutico rural, recogió Higinia por única herencia de su padre, el buen negro Tadeo, que estuvo celebrando, por muchos años, en el mostrador de las pulperías, con aguardiente de caña, la abolición de la esclavitud, hasta que un día lo encontraron muerto en la bagacera del trapiche.

Es lo cierto que los lamentos de Higinia se oían hasta en la plazuela de la iglesia, encalada y humilde como las de casi todos los pueblos venezolanos, pero con algunas imágenes del tiempo de la Colonia, entre ellas un San Miguel, toscamente tallado en madera, que hería con su espada a Satanás caído a sus pies, con el rostro de bello arcángel adolorido.

Ya había agotado Higinia todas las pócimas y brebajes que don Liborio y los vecinos le recetaban, y desesperada se abrazaba a los horcones de su rancho de bahareque, cuando su comadre Severiana le aconsejó, como último recurso, que le hiciera una promesa a San Miguel. No olvidaba Severiana que Higinia le había cerrado los ojos a su marido, muerto de un machetazo en una riña con Anselmo, el isleño, y acompañado al campo santo, al paso de la burra, en cuyo lomo macilento se balanceaba la urna de pino. Y no era sólo Severiana quien ponderaba los milagros del arcángel, pues éstos eran famosos en todos los caseríos de los alrededores.

-Esta vela te traigo, Higinia -explicó grave y piadosamente Severiana-, para que con toda fe se la ofrezcas a San Miguel. Has de llevarla tú misma, aunque sea arrastrándote por la calle.

-Si no puedo, mujer, si no puedo, gemía la infeliz Higinia, mientras se arqueaba en su catre y se oprimía con sus encallecidas manos de manumisa el vientre torturado.

-¿Cómo no has de poder? San Miguel te dará fuerzas.

A poco, toda la chiquillería y todas las vecinas estaban a la puerta, en la única calle del pueblo, compadeciendo a Higinia que, apoyándose en las paredes, con el rostro demacrado, la vela en una mano y en la otra un pañuelo a grandes cuadros, con el que ahogaba sus gritos, se dirigía vacilante a la iglesia. En verdad, nunca se había fijado en la imagen de San Miguel, que estaba como le explicó la comadre Severiana, un poco escondida cerca del altar mayor, a un lado del penumbroso presbiterio.

Ya obscurecía, y nadie miró a Higinia cuando regresaba a su rancho, después de ofrendar la vela y las plegarias, con todo el fervor de su corazón sencillo y según el consejo de la comadre.

La comadre Severiana vivía del otro lado del río, en el cerro de las Cocuizas, y la tarde siguiente a la de su promesa, el río pasó Higinia, a pie enjuto, ligera como una muchacha, entre la iluminación rojiza del sol poniente, que llaman de los araguatos.

-Severiana -díjole Higinia, balbuceante y echándole los brazos al cuello-, si no fuera pecado me arrodillaría aquí mismo como lo hice ayer en la iglesia. Dios sólo sabe el bien que me has hecho. Como si con su santa mano me hubiera tocado el pobrecito San Miguel y me hubiera sanado con sólo verme, así comenzó a pasarme el dolor desde que le encendí la vela y principié a rezarle. Ya puedo trabajar -añadió alegremente- y pilar maíz. ¡Si estoy como si tuviera veinte años!

-Pero ¿cómo fue? Cuenta despacio, mujer -le interrumpió Severiana-. Siéntate en este cajón, que estarás estropeada, hija.

-Si hasta Caracas puedo ir a pie, sin cansarme. ¿Pero, tú, dónde vas a sentarte?

-No te preocupes, que sobre esta piedra de la batea estoy como en sofá de blanco codicioso. ¡Pero cuenta, cuenta, pues, mujer!

-Verás. Apenas principié a rezar, sentí una dormición en las tripas. Así estuve toda la noche, y hoy amanecí sana, sanita.

-¿Ya ves lo que te decía? No hay como San Miguel bendito. Y después ese zoquete de don Liborio se burla porque creemos en los milagros.

-Si tú supieras, don Liborio siempre ha sido muy bueno conmigo; él hizo cuanto pudo para curarme. Voluntad no le ha faltado.

-Pues él me dijo que tu enfermedad era por culpa de tu padre Tadeo, y patatín y patatán...

-Esas son cosas que se le ocurren a esa gente que se la pasa leyendo. A veces, para darme, iba a mi rancho a leerme lo que dicen los papeles de Caracas; pero yo no entiendo nada.

-¿Pero qué vas a entender, si no son sino embustes? -exclamó airada Severiana, siempre tan propensa a estallar en mal humor a la menor contradicción.

-¡Dios los perdone! Pero vamos al asunto.

-Sí, es lo mejor, porque tú eres capaz de perdonar al mismo diablo.

-Pues, como te decía -continuó Higinia-, me arrodillé ante la vela, y como no había ni un alma en la iglesia, al principio tuve miedo. Pero cuando empecé a rezar me parecía que me levantaban por las greñas y que San Miguel sentía un dolor tan grande como el mío. ¡Y cómo no, con aquella espada que le encajaban en el estómago! Se le comprendía en los ojos que me estaba compadeciendo como yo lo compadecía a él, mientras el diablo se gozaba con la maldad que le estaba haciendo y le ponía el pie sobre la cabeza...

-¿Pero que estás diciendo, mujer? -gritó, escandalizada, Severiana.

-¿Qué es, Severiana? ¿Qué te pasa? -preguntó Higinia sorprendida y sin entender el escándalo de la comadre.

-¿Pero a quién le rezaste, al que encajaba la espada o al que estaba en el suelo?

-¿A quién había de ser? A San Miguel, al que estaba sufriendo. Al malo, que lo hacía sufrir, no podía ser.

-¡Hoy sábado?... ¡Le rezaste al diablo! ¡Fue el diablo el que te hizo el milagro! -vociferaba Severiana-. ¡Estás endemoniada! ¡Vete, que hiedes a azufre!...

Y con súbito estupor, sintió Higinia que caían sobre su cabeza todos los castigos del cielo. Sus piernas se doblaban, cuando Severiana empujándola violentamente fuera del rancho, se santiguaba, hacía cruces en el cajón donde Higinia se había sentado, en el suelo, que había pisado y hasta en la puerta por donde entró.

Era ya de noche. A lo lejos, el torreón, como un inmenso índice apuntado al cielo, lanzaba llamas de la molienda de la tarde hacia las nubes de color de hollín. Por el camino oscuro, Higinia semejaba una gran piedra negra, que una fuerza desconocida impulsara lentamente. Tuvo miedo a los cocuyos luminosos, que volaban en los cañamelares y que ahora le parecían infernales chispas. ¡Ella endemoniada, por haberle rezado al maldito y no al ángel del Señor!

Arrodillándose y besando el polvo árido del camino desierto, Higinia rogó a Dios que, en señal de perdón, le hiciera sentir de nuevo sus dolores. Aguardó un instante el supremo prodigio pero, por lo contrario, sintió que suave caricia le recorría todo el cuerpo, con el frescor de un agua milagrosa. Y convencida de que Dios no escuchaba sus preces y castigaba de ese modo su herejía, negándole el dolor que imploraba, la pobre Higinia, en la desolación de su inmensa soledad, rompió en llanto. Severiana tenía razón. Estaba endemoniada.

Un calofrío de terror erizó sus arrugadas carnes, cuando al entrar en su rancho divisó debajo de su catre dos pupilas encendidas como brasas. Y dió un alarido de espanto.

-¿Qué es? -le preguntó soñolienta y desperezándose su sobrina Ruperta, que la acompañaba durante su enfermedad y que dormía vestida, en una estera, sobre el suelo gredoso del rancho.- ¿Otra vez el dolor?

-¡No; mira, es el diablo! -balbuceó Higinia, mostrando a Ruperta los carbunclos de fuego.

-¡Ave María Purísima! -exclamó la muchacha. ¡Qué diablo ni qué diablo! Es el gato de don Liborio, que siempre se mete aquí a robarle la comida al cochino.

Con los gruesos labios entreabiertos, a poco Ruperta comenzó a roncar. Higinia se sentó al borde de su catre, y los ronquidos de Ruperta, que a veces tanto la molestaban, era ahora como la única voz que la acompañaba en el mundo. Escuchándola roncar, fue aletargándose como bajo la influencia de un calmante. Sus recuerdos se evaporaban como en un sopor de opio, y cual si descendiese por una pendiente de seda, cayó rendida sobre su almohada de paja, con las alpargatas llenas de barro, con su traje de flores moradas y con sus ásperas greñas canosas, ceñidas por el pañuelo de Madrás.

En un silencio profundo, como si todos hubieran muerto en el pueblo, sólo se oía el roncar de Ruperta y a lo lejos el canto de los gallos.

En sueños, se vió de nuevo Higinia arrodillada en el camino oscuro. De pronto divisó, a distancia, un farol del pueblo que avanzaba hacia ella, que al aproximarse tomó forma humana y caminaba como don Liborio; pero cuando estuvo cerca de ella, quedó deslumbrada por una luz extraordinaria. Y en el centro de la luz, vió maravillada Higinia a Nuestro Señor Jesucristo. Y de los labios de Jesús, como una música divina, escuchó Higinia estas palabras:

-Apóyate en mi seno, porque desde la Eternidad escuché la oración que dirigiste al ángel que un día se rebeló contra mi Padre. Sin él habría sido innecesaria mi venida al reino de los mortales. Es cierto que sin aquella rebelión, Adán no habría pecado; pero hecho de barro como era, el hombre no habría conocido la absoluta perfección, ni visto a un Dios sobre la misma tierra que pisaba. Sin el pecado original, el hombre no habría conocido mi presencia. Desde muy alto, entre relámpagos y tinieblas, hablaba mi Padre a sus criaturas. Yo quise vivir entre ellas, hablarles dulcemente al oído y agonizar como ellas. Suspendí las piedras del Decálogo, que pesaban demasiado sobre las débiles espaldas de la humanidad, y sobre la ley mosaica grabé el Sermón de la Montaña. Bienaventurada eres, Higinia, porque eres simple de espíritu. En tu ignorancia conoces de mi vida lo que es esencial, la fraternidad y la justicia. Perdono a los que ponen en duda mi divinidad, porque de mi poder infinito esperaban la desaparición del dolor universal. Están menos distantes de mí esas almas atormentadas que las que de mi historia sólo averiguan lo que es perecedero. La que te creyó endemoniada procedía como los que encienden hogueras inquisitoriales en su ciega manera de adorarme. Tú has amado, como yo, el dolor, que tu ingenuidad contempló en Luzbel y no en el Arcángel a quien el dolor del vencido regocijaba. No supusiste, buena mujer, que el Bien pudiera ser representado con una espada tinta en sangre. Sin saberlo, a través de una tosca imagen de madera, te elevaste a un concepto más perfecto que el de la generalidad de los humanos. Yo compartí el dolor de tus entrañas. ¿No sentiste cuando orabas al que veías sufrir, una mano que mitigaba tus penas? Fué mi mano. ¿No sentiste en el camino oscuro, una suave caricia cuando, en signo de perdón, implorabas de nuevo tu dolor? Era yo quien acariciaba tu negra carne virginal. ¡La paz sea contigo!

Un inmenso resplandor llenó el rancho de Higinia, y se oyeron las campanas de la Jerusalén celeste, que, en realidad, eran el amanecer del domingo y las campanas de la iglesia vecina que llamaban a la misa de cinco.

-¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo, -exclamó Higinia, con matinal alegría y evangélica unción.

Porque Higinia, que nunca logró entender las lecturas de don Liborio, el boticario, comprendió ahora, con la sabiduría de los que nada saben, las palabras de Jesucristo.

### Cuento del Espíritu Santo

En Granada, la bella, vivía Angélica con su padre, Juan de Florencia, así llamado porque nació en la Ciudad del Lirio Rojo, a las orillas del Arno.

Finalizaba, con el siglo, el imperio de los árabes en España. Sólo el virtuoso Macer había sabido descifrar en los avisos del cielo, que es como nombran los alfaquíes a los signos del tiempo, que, en breve, entre las rosas del Alhambra, iba a morir Alá. Así lo dijo al viejo rey Abul Hasen, bajo las áureas filigranas del propio Alcázar: "Las ruinas de este pueblo caerán sobre nuestras cabezas. Permita Mahoma que me engañe; pero el ánimo me da que el fin de nuestro señorío es llegado". Y sin escuchar los consejos del anciano, continuaban los encendidos odios de los padres y de los hijos, que, más que en las enseñanzas del Corán, bebían en copas de oro el vino que enloquece a los dominadores. Entre tanto, desde Sevilla atizaban la discordia musulme, con astutas promesas, Fernando el maquiavélico y la católica Isabel, quienes ya habían clavado, en la torre árabe de la Giralda, el pendón de los castillos y de los leones rampantes.

En el barrio de los cristianos, Juan de Florencia parecía un artista del Renacimiento. Su hija Angélica, cuyos años eran como los quince pétalos de una flor, embalsamaba el taller de su padre, con la gracia primaveral de una virgen de Sandro Botticelli. Leve como los pañuelos que tejía en su rueca, blanca como los marfiles a que el artífice daba contornos de mujer, era Angélica, la hija de Juan de Florencia, el de las barbas de plata, y de Rosario la toledana, que se durmió en la paz del Señor, dejando por herencia a la niña los ojos de color de avellana y los dorados bucles, su belleza, sus virtudes y su fe en el Dios de los cristianos.

En Toledo aprendió Juan de Florencia a damasquinar el acero; en los conventos de dominicos, el simbolismo de las iniciales de las Biblias incunables y el de la flora de los facistoleros; con los judíos, a tallar las piedras preciosas. De su trabajo de perfumista vivía en Granada; pero era su ocupación predilecta pintar en pergamino los tercetos de la *Divina Comedia*, cuyo sentido recóndito aspiraba a revelar por medio del color, según el sentido místico del canto. En un silencio de ofertorio indagaba Juan de Florencia el color de los cantos del Paraíso, que debía de ser como la luz de un infinito azul, recogida por sus finos pinceles. Fue así, por ahondar en los secretos del poema, como Juan de Florencia conoció a Ben Alahmar, que era erudito en las letras antiguas y modernas, y, con los cristianos que habitaban Granada, el más tolerante de los mahometanos.

En un sillón de cuero cordobés, solía sentarse Angélica a leer la *Vita Nuova*, del mismo Dante Alighieri, que reposaba cual un ramo de jazmines en la pulpa diáfana de sus dedos. Así la encontró Ben Alahmar, cuando, por vez primera, vino al taller de Juan de Florencia, de donde, y desde entonces, al salir el joven sarraceno, de aquilino perfil, suspiraba al pensar que entre él y la cristiana se alzase terrible el alfanje de Alá.

Y desde aquel día también, cuando por las tardes paseaba Angélica con su padre, por los alrededores del Generalife, tímida miraba hacia a los laureles de la Alhambra, bajo los cuales con frecuencia Ben Alahmar meditaba. Nunca como entonces había percibido la música de las aguas por el declive de los arrayanes.

Como la sintiera una tarde desfallecer apoyada en su brazo, díjole Juan:

-¿Qué tienes, hija mía? ¿Es el crepúsculo el que te hace mal, o es que te han enfermado los perfumes?

-No sé, padre -balbuceó Angélica. E inclinando la cabeza sobre el hombro del viejo artista, volvió de nuevo los ojos hacia la Alhambra, delicada como un encaje de piedra en el atardecer violeta. Pero no vio a Ben Alahmar.

Sosteniendo a su hija por la cintura, cual un trémulo junco, bajaron por las bermejas calles del Albaicín hasta el barrio de los cristianos. En el taller, ya en sombras, se sentaron taciturnos. Pero Juan de Florencia pensaba en el matiz de cobre oxidado que quería dar a una mayólica, y Angélica, en Ben Alahmar. Y, como Ben Alahmar suspiró, pero porque entre el amado y ella se alzaba la cruz de Jesucristo.

Se hicieron cotidianas las visitas de Ben Alahmar al taller de Juan de Florencia. Discurría Ben Alahmar, con el sutil ingenio de su raza, acerca de las reminiscencias musulmanas que se encuentran en el poema de Dante. Por su parte, Juan de Florencia creía haber acertado en su interpretación pictórica del Infierno y el Purgatorio, pero en vano solicitaba en los pomos de colores la vibración luminosa de los tercetos etéreos del Paraíso; lo que, un poco engrdeído de su pincel, atribuía, más que a propia incapacidad de artista, a no haber penetrado el pensamiento de Alighieri. De ese modo prolongaba sus conversaciones con Ben Alahmar, respecto a aquella parte de la obra en que el alma llega a su vértice espiritual.

Con la barbilla apoyada en la concha de su mano, atendía Angélica a las citas de los libros arábigos, que Ben Alahmar compulsaba con la *Divina Comedia*, en la cual, a su vez, Ben Alahmar aspiraba el místico aroma de una fe que no era la suya, pero que, a su pesar, le penetraba como incienso por los calados arabescos de una mezquita cerrada.

E intrincándose en complicadas exégesis, argumentaba Ben Alahmar, arrebatado por su ardiente imaginación oriental:

-La paloma que, para nosotros, es el arcángel que en secreto hablaba a Mahoma, es para los poetas la encarnación de la belleza inmortal; para los filósofos, el desconocido hálito de la vida universal. Es el Espíritu Santo para vosotros, cristianos, el Paráclito, el Dios deshumanizado libre de vestiduras humanas, el alado símbolo de la máxima transfiguración de la divinidad.

Y la alegoría columbina iba tendiendo un hilo invisible entre el alma de Angélica y la de Ben Alahmar.

Pero un día hubo de descender Ben Alahmar de su Paraíso, que no ya en el jardín de las huries estaba, sino en los ojos de Angélica, pues cuarenta mil infantes asediaban la ciudad y diez mil caballos de las huestes de Gonzalo de Córdoba rompían con sus cascos vencedores la vega de Granada, la bella. Le opuso Muza Ben Abil Gazan, famoso capitán del rey Boabdil el Chico, veinte mil mancebos, y entre ellos a Ben Alahmar.

Trabóse la batalla, y a poco, como si la tierra se cubriera de claveles, toda la vega se empurpuró de sangre. Y en un carmen granadino, herido por los acubuceros de Isabel y Fernando, los católicos, desplómose moribundo Ben Alahmar. Un velo de carmín cubrió sus ojos, y en trance de agonía, vio a Angélica, como la Beatriz de Dante, en el cielo de su Dios. Y en el estrépito de los tambores y el piafar de los corceles, en la furia del combate, nadie oyó esta su postrera invocación:

-¡Alá, Dios de mis abuelos, te di mi sangre; pero mi vida es de Angélica! En el cielo prometido a los cristianos he de esperarla. ¡Alá, perdóname! ¡Jesús ábreme las puertas de tu Paraíso!

Llegó el sol a su ocaso, y antes de hundirse en lontananza, incendió con sus rayos a la ciudad amedrentada. Como un león herido, y seguido de sus jeques, retornó Muza a Granada. Cruzado en la roja gualdrapa de un caballo de ligeras ancas y flamantes crines, reposaba el cadáver de Ben Alahmar. Goteaba sangre su frente, sobre el suelo maternal, mientras sus pupilas, cuajadas

por la muerte, parecían buscar en la Vía Láctea, en la incommovible serenidad de la noche estrellada, los senderos del Dios de Angélica la cristiana.

Después que los arcabuceros de sus hermanos en Jesucristo habían muerto a Ben Alahmar, el bien amado, ya no fue Angélica un marfil. Fue nardo, espuma, botón de lino que el viento deshacía. Suave como la de una paloma, fue su lenta agonía de amor immaculado. Y en un gemido, desde su corazón virginal, invocó así a su Dios, con aliento apenas perceptible:

-¡Jesús, Dios de mis abuelos, mi vida es tuya; pero mi alma es de Ben Alahmar! En el cielo que Alá tiene prometido a los suyos he de hallarle. ¡Jesús, perdóname! ¡Alá, ábreme las puertas de tu Paraíso!

Y como blanca nubecilla, fue Angélica, cuando Juan de Florencia, el de las barbas de plata, la palpó exánime, como la perfecta obra de arte que mortal alguno puede realizar...

\*\*\*\*

Volaba el Espíritu Santo a las puertas del cielo, donde Ben Alahmar, en la espera de la amada bebía las linfas del Leteo, que tienen la virtud de hacernos perder el recuerdo de los pecados. En tanto, Angélica aguardaba al amado en el maravilloso jardín islámico de las arenas perfumadas, que riegan también dos ríos, cuyas aguas diamantinas limpian los corazones de impurezas terrenales. Allí, donde las doncellas dan la bienvenida al esposo, estaba Angélica en espera de Ben Alahmar. Acaso ya Alahmar trepaba la montaña de jacinto, después de atravesar la llanura del Purgatorio, que es la cima del Paraíso prometido por Mahoma a los hijos de Alá. Lejos se escuchaban, balanceados por los céfiros, el gorjeo de los pájaros, el canto de las huries y el rumor armonioso de los árboles cargados de pomos.

Las huries, que al son de las guzlas tañidas por querubes, se bañaban en fuentes cuyos fondos eran de menudas perlas y de polvo de rubí, vieron volar una paloma que con sus cándidas plumas rozaba sus carnes desnudas. Corrieron tras ella, pero en sus brazos se deshacía la blancura de la impalpable paloma, pues el Espíritu Santo está formado de una inmaterial albura, de una luz desconocida a los hombres, y su apariencia de paloma es una ilusión aun para los que están al lado del Señor.

Tomó entre sus alas el Espíritu Santo a Angélica la cristiana, a la amante engañada por el amor, y la colocó suavemente en los brazos de Alahmar. Y comulgaron los dos en las aguas del Eunoé, que son las de la eterna felicidad.

Mil liras y mil arpas resonaron en el infinito azul del empíreo, en la celebración de las celestes bodas de Angélica y Alahmar.

-¿Qué ocurre? -preguntó Jehová a Jesús, que estaba a su diestra.

Y Jesús, con la sonrisa con que perdonó a María de Magdala:

-Es el Espíritu Santo, que ha perdonado a la que también amó mucho.

Y Jehová dijo entonces:

-Tu reino y el mío pueden perecer; pero nunca desaparecerá el reino del Espíritu Santo.

## EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

*Nel mezzo del cammin di nostra vita  
Mi ritrovai per una selva oscura,  
Che la diritta via era smarrita*

Por el balcón abierto penetraba el aliento del jardín. El sol, muerto entre luces de heliotropo, había dejado en el aire de la noche el recuerdo de su oro encendido. Respiraba el jardín como un cuerpo desnudo y el cielo, cual una inmensa flor azul, parecía perfumarlo. Se diría que una aroma de lirios descendía de la Vía Láctea y que en la tierra los lirios formaban otra constelación tan alba y pura como la del cielo, que cada estrella derramaba divinas fragancias sobre los pétalos y cada corola era un pebetero que enviaba su invisible incienso a las estrellas inmaculadas. En los senderos espolvoreados de diamante, las finas siluetas de las ramas fingían encajes de sombra y arabescos de ébano.

Busqué en mis labios una palabra que unir al alma tranquila de las cosas, pero mi voz se desvanecía antes de profanar la santidad del silencio. Las rimas revoloteaban alrededor de mi boca y se volvían al corazón llorosas y avergonzadas. Necesitaba de una música inefable que pusiera a mi espíritu en contacto con tanta belleza dispersa y, sin quitar los ojos de la fronda, tendí la mano para tomar el volumen de Shakespeare y leer en él *El Sueño de una noche de Verano*, pero la mano tropezó con otro que sobre la misma mesa estaba, el de los *Dramas filosóficos* de Renán.

En la tarde había estado comparando, en el tomo de comedias de Shakespeare, *La Tempestad*, con las exquisitas ficciones en las cuales Renán cuenta los diálogos que en su alma tuvieron las queridas imágenes de Próspero, Ariel y Calibán.

Leí en alta voz bajo la iluminación de la luna, y el follaje mismo pareció inclinarse extático, acariciado por la música del Verbo; pero lentamente y a medida que las frases se hacían más desencantadas y la ironía más densa, el jardín tornábase mustio y melancólico; y cuando Ariel, símbolo del Idealismo, desaparece acompañado por la armonía de sus alas y vencido por Calibán, símbolo de la Fuerza, oí un sollozo que no sé si del jardín partió o de mi propio corazón... Y por no turbar con inquietudes humanas la serenidad de la hora en paz, cerré el balcón y en la sombra me dormí.

En sueño me vi de nuevo en el jardín, mas los arbustos crecían, las hojas de sedeñas y tiernas volvíanse ásperas y recias, la savia corriendo febrilmente por los tallos los engrosaba y convertía en troncos de agria corteza, las ramas alargándose se cubrían de ortigas y orquídeas; la tierra se arrugaba como la piel de un hipopótamo; una flora extraña crecía por todas partes; pronto una cripta de verdura me ocultó el cielo. Estaba en una selva llena de lamentos y rumores inauditos; los leones debían haber pasado por allí porque en las hojas muertas quedaban señales de garras y en el ambiente un olor de melenas y de sangre. Quise correr pero los pies se habían adherido a una espesa resina; ya a punto de perder el sentido, vi avanzar hacia mí un eclesiástico obeso y de corta estatura; los cabellos sacudidos por el viento le formaban una aureola plateada. Era Renán vestido de seminarista de San Sulpicio.

-Maestro, sálvame!, le grité.

-¿Por qué me llamas Maestro? ¿qué te he enseñado?

Indudablemente Renán se disgustaba de que alguien lo encontrase en traje talar, pero luego, comprendiendo tal vez lo brusco de su respuesta, continuó con voz suave y con bondad un tanto forzada.

-¿Qué buscas en esta selva tenebrosa? Conoces el secreto de domar las fieras? Ve que tus músculos son débiles para romper la fragosidad y abrirte camino entre zarzas y espinas. ¿Sabes tú la ruta que conduce a la balsámica floresta de la Eterna Ilusión?

-No sé nada, Maestro; estaba en un vergel florecido y meditaba en el problema de la Vida y de la Muerte, a mi alrededor la naturaleza se puso hosca y tejó esta red de maleza inextricable. Ha sido un milagro, Maestro.

Y Renán sonrió discretamente al oírme hablar de milagros.

-Ven hijo mío, sígueme y marcha con cautela, me dijo, porque la senda tan escueta es, que más parece la hoja de una espada tendida sobre el abismo. Según la leyenda -siguió diciendo mientras caminábamos, él ágil a pesar de su obesidad, y yo a tientas y lleno de pavor- según la leyenda, en ese paraje en donde te encontrabas hace poco, y que se llama el Bosque de los Suicidas, vivió en los primeros días de nuestra Era, un piadoso anacoreta el cual se alimentaba con frutas y por único compañero tenía un cordero tan humilde y blanco como el Cordero Pascual. Cuando el alba mojaba la selva de rocío y el anacoreta elevaba su oración matutina a la gloria del Creador, el cordero también decía su plegaria balando al cielo diáfano y a la aurora recién nacida. Después de haber saltado por lomas y aguas vivas venía el cordero a secar su vellón en la barba del anacoreta, quien ya, antes que Francisco de Asís, llamábase hermano de los animales; en inocente égloga vivían el anacoreta y el corderillo. Pero en aquellos tiempos los paganos echaban a las fieras los que profesaban la fe en Jesucristo. Cuenta la leyenda que el anacoreta arrastró hasta su retiro el cuerpo muerto de un cristiano que al siguiente día debía ser pasto de los tigres, y como quería darle religiosa sepultura, púsose a excavar con las uñas la fosa que debía ocultarlo de los sicarios paganos. Trabajó tres horas sin tregua, pero la fosa era apenas como el alveolo de un riachuelo; rendido de fatiga y de angustia arrodillóse y dijo: ¡Señor, Señor, mi tarea es obra pía, pero mis brazos son frágiles; Señor, préstame tu omnipotente auxilio! Al decir esto apareció un león, el cual gravemente comenzó a escarbar la tierra, y tan profunda fosa cavó que hubieran cabido en ella dos hombres. Después de bendecirla, el anacoreta y el león comenzaron a echar tierra y hojas sobre el cuerpo del cristiano. Lleno de místico regocijo, el anacoreta levantó las manos a lo alto y exclamó: ¡Señor, Señor, tu sabiduría y bondad son infinitas; permite que este león, que ha salvado de la profanación el cuerpo de un servidor tuyo, realice su mejor deseo!; y entonces el león que estaba hambriento fue hacia el cordero, que dormía con un nimbo de luz en torno de la frente, y lo devoró en presencia de la noche estrellada. A la mañana cuando los sicarios fueron en busca del cristiano, encontraron en su lugar al anacoreta muerto, con el cilicio atado al cuello. Desde esa época el sitio en donde te encontrabas hace poco se llama el Bosque de los suicidas y allí vagan y sucumben por su propia mano los que han puesto en duda la justicia suprema.

Con tan hondo acento fue referido todo esto, que estuve próximo a creer que aquello no era una inverosímil improvisación con la que mi buen Maestro quería confundirme y atemorizarme. En el fondo sabía que el anacoreta no había existido jamás, pero por no dejarlo comprender, dije después de un breve silencio:

-He leído en no sé qué viejo infolio la historia que me acabas de recordar; pero, dime Maestro, ¿no crees que la duda, que debió inspirar al infeliz anacoreta su acto desesperado, es un sentimiento que debemos apartar de nuestro corazón?

-En este caso especial, el anacoreta obró como un hombre sin filosofía y que tuvo la desgracia de ignorar las ventajas de mi diletantismo. Por algo he puesto un cordón sanitario entre Dios y la naturaleza que el anacoreta confundió deplorablemente: "la naturaleza es inmoral; el sol ha contemplado sin turbarse las más horribles iniquidades, ha sonreído a los más grandes crímenes; pero de la conciencia se elevaba una voz santa que habla al hombre de un otro mundo, el mundo del ideal, de la bondad, de la justicia. Si sólo existiera la naturaleza habría que preguntarse si Dios es necesario." Pero concretándome a tu pregunta: ya sabes que he escrito en alguna parte que la alta moralidad no es estimable sino si ha atravesado por la duda. La seguridad de la recompensa destruiría el mérito de la acción.

-¿Según lo que decías anteriormente debemos obedecer el consejo interior de la conciencia y no seguir el ejemplo de la naturaleza? Tu compañero Taine era de opinión contraria; él, de acuerdo con el estoico Marco Aurelio, pensaba que no hay mejor guía que la naturaleza y que nuestra vida debe adaptarse a sus fines.

-Sí... es verdad... tal vez... vivimos en la contradicción... "Quien sabe si la fineza de espíritu consiste en abstenerse de concluir"... Quien sabe si mi amigo Taine está en la verdad. Quien sabe si a pesar de la aparente unidad de su pensamiento y de su método vaciló tanto como yo... ¡Oh, yo tal vez he sido mas sincero y he confesado mis debilidades! No olvidemos que Taine temió siempre la influencia de sus libros y lamentó no haberlos escrito en latín para hacerlos menos accesibles al público; no olvidemos que nació católico, vivió lejos de toda ortodoxia y sin embargo sus últimos deseos fueron ser enterrado cristianamente según el rito protestante. "La inconsecuencia es un elemento esencial de todas las cosas humanas".

-Las almas dóciles, Maestro, que se sienten dispuestas a ser guiadas, padecen por esas contradicciones de los sabios encargados de encaminarlas hacia un estado mejor y más perfecto.

-¡Ah, cierto! Nuestro siglo después de su tarea de análisis y demolición, está ansioso de afirmaciones. Es torturante la actitud de las inteligencias que, volviéndose a los cuatro puntos cardinales, con la inquietud de un navío sin brújula o de un viajero perdido en un desierto, esperan la estrella que ha de conducirlos a la tierra prometida, o cuando menos al oasis, a la isla incógnita en donde reposar. Cada hora una nueva voz parte del septentrión o del mediodía, del este o del poniente, anunciándose como el Apóstol esperado; preséntase con una recia armadura de lógica, invencible a la vista, pero que cae disuelta en polvo cuando una nueva voz sopla sobre ella, y ésta a su vez sufre el mismo destino cuando otro eco se levanta. Hace poco hemos tenido por aquí el último Profeta.

-¿El último Profeta?

-Sí, llegó precedido de una orquesta formidable de trompetas y címbalos. Venía de Alemania, vestido con serpientes y pieles de lobos, se llamaba a sí mismo el Zarathustra y era saltimbanqui y discípulo de un monstruo fabuloso. En medio de danzas macabras enunciaba su evangelio que es el del retorno a la crueldad y a los instintos primitivos. A su juicio, la piedad es el más grande de los delitos y la destrucción la mayor de las alegrías. Todos los nobles de la ciudad se reunieron alrededor de su estrado ambulante y escucharon la enseñanza que los encarnizaba contra los débiles; los nobles todos creyéronse Super-Hombres -que es así como el Zarathustra llama al futuro e inmisericorde dominador- y al rayar la aurora incendiaron los falansterios de obreros y quemaron en las plazas públicas á los ancianos, mujeres y niños que se habían refugiado en los hospitales. El Zarathustra va de pueblo en pueblo diciendo la buena nueva porque se ha propuesto cambiar la faz del mundo.

-Al levante, hacia donde el Zarathustra había ido, el espacio estaba impregnado de vapores sulfurosos y purpúreos. Renán, continuó:

-Lo que me acongoja, por qué no confesarlo, es que cuando el Zarathustra hablaba, fijando en mí sus ojos fulgurantes, yo reconocía en muchos de sus aforismos la consecuencia lógica de algunas de mis ideas llevadas a su máximo de ampliación. Así sobre mi frase "la civilización es obra de los aristócratas," el Zarathustra ha levantado un castillo feudal y celebrado un festín dyonisiaco en conmemoración del tirano de Syracuse.

Renán inclinó la cabeza como bajo la presión de un gran dolor; yo preparaba una serie de consolaciones más o menos repetidas, cuando rompió de nuevo el silencio.

-Y no obstante, este culto de lo que llamo la verdad ha sido el sostén único de mi existencia. Es imposible vivir sin una filosofía, es decir sin una concepción del universo. El más insignificante

hecho diario engarzado en un sistema filosófico adquiere una belleza superior, o cuando menos no parece la revelación de una ciega fatalidad; la observación aislada de los hechos puede conducir a la anarquía social ó intelectual; la indagación de la causa suaviza la aspereza del efecto. ¿Ríes? Sí, ya supongo que me vas a oponer la novísima teoría de la mentira vital, del imaginario motivo de vivir que cada hombre se forja. Bueno, porqué no? La mentira no existe o es una de las formas de la verdad, la mentira que cuantas veces como ésta, ¡oh, más que ésta! ha arrastrado y arrastra a los hombres a las más grandes acciones y heroísmos. Sí, creo en la virtud redentora de la ciencia, del arte, de la filosofía. La criatura que concibe los fenómenos como formando parte de un sistema universal y las apariencias como la epidermis de un Espíritu, puede formarse una vida interior elevada y alcanzar la armonía consigo mismo, al contrario del que los considera sin vínculo alguno. Ahí tienes a Herbert Spencer, débil y nervioso, trabajando por espacio de treinta y seis años en una de las obras más completas y portentosas de este siglo, sin más apoyo que su fe en la ley de la Evolución y adaptando a ella todos los movimientos de la humanidad y aun los sacudimientos de su propia alma; ahí tienes a Guy de Maupassant, joven y vigoroso normando atenido sólo al "documento humano", a la observación sagaz y fría del hecho, según lo enseñaba Faublert, quien por otra parte no lo practicaba al pie de la letra y a quien salvaba su abundante dosis de romanticismo; ahí tienes a Maupassant, loco, buscando sus ideas, el que con su admirable talento no buscó siempre sino el hecho menudo y minucioso sin hacerlo converger y depender de una Idea central. ¡Oh! hay que poner al extremo de la vida una ilusión, un ideal para no ir dando tumbos por el camino. Yo mismo, que a pesar de mi excepticismo orgánico, he tenido dos o tres principios fijos, yo mismo hubiera sido como ese pobre Verlaine, con el que tengo más punto de semejanza de lo que parece.

Tal salida inesperada me dejó perplejo. Renán jugaba con la paradoja y me obligaba a seguirla en sus caprichosos giros. ¿Qué semejanza podía existir entre el poeta bebedor de ajeno y el profesor de hebreo del Colegio de Francia, académico y perpetuo aspirante a senador?

-Verlaine, hijo mío, como yo fue un microcosmo y recorrió tantos estados de alma como un Goethe; sólo que lo que el uno sabía canalizar, por cauces abiertos anteriormente a fuerza de genio y de filosofía, el otro dejaba esparcirse en direcciones contrarias sin imponerles la presión de la Voluntad; de ahí que su existencia fuese incoherente y su obra multiforme y atolondrada. El pobre Verlaine que cantaba la "impresión del momento", según su expresión, no creía ese momento fugaz y pasajero sino que lo consideraba como un estado de conciencia que en lo adelante sería inmutable, y era ingenuo en ese momento, pero presto una nueva sensación cambiaba el paisaje interior, y un nuevo canto, canto de alondra, surgía de su boca lacia y desencantada.

Y con un suspiro agregó:

-... Yo hubiera podido ser un bohemio como Verlaine... ¡Pobre Lelian!

Estábamos ya al final del angosto desfiladero, por el cual ya caminaba con más seguridad, cuando Renán me dijo con cierta timidez y casi al oído:

-Hijo mío, al descender la cuesta sembrada de tomillo y albahaca que ves allá abajo me esperarás un instante. No estamos lejos de la ciudad y es probable que encontremos algunas parejas de amantes, de poetas y pintores en busca de asuntos y no quiero -mi reputación de libre y pensador sufrirá un fracaso- que me vean en este traje de eclesiástico, que uso en recuerdo de mis días de infancia y de juventud en el Colegio de Treguier y en el Seminario de San Sulpicio; cuando estudió en la soledad ó cuando medito en el bosque este traje me reviste de una amable beatitud.

Renán se entró en una ermita sin campanario, ceñida de trepadoras lianas, y al rato volvió tal como Bonnat lo retrató: amplia levita y chaleco alto que a duras penas le sujetaba el vientre voluminoso. Para borrar la malicia de mi rostro Renán se apresuró a decir:

-Tú sabes que me he comparado al *hircorserf* de la escolástica, el cual se comía las patas sin advertirlo: una de mis mitades se acaba de comer a la otra. Por lo demás esta doble naturaleza, que consideraba como una distinción y como un signo de aristocracia intelectual, según voy viendo es común a todo el género humano. ¡Oh, el traje civil no me va bien, yo había nacido para predicar!

En el camino Renán me habló de sus proyectos literarios: "Quisiera reunir en un pequeño formato algunas páginas sinceras para los y para las que el viejo misal no satisface. Mi última ilusión estaría colmada si pudiera esperar entrar en la Iglesia, después de mi muerte, en la forma de un pequeño volumen in-18, empastado en marroquín negro y sostenido entre los dedos largos y delicados de una mano finamente enguantada".

Y como el aire convidaba a la divagación ligera, Renán saltaba de idea en idea como un colibrí sobre un rosal en flor.

Dejamos la fangosa orilla, y navegamos a través de un lago rizado por el aleteo de plateados pecesillos; la barca penetró entre un flotante jardín de algas y descendimos a la balsámica floresta de la Eterna Ilusión.

Desperté. En el vergel cantaban los ruiseñores sobre los follajes tamizados de oro. Era una clara noche de verano.

## EL DIENTE ROTO

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada sin pensar. Así, de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, la lengua acariciaba el diente roto sin pensar.

-El niño no está bien, Pablo -decía la madre al marido-, hay que llamar al médico.

Llegó el médico y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

-Señora -terminó por decir el sabio después de un largo examen, la santidad de mi profesión me impone él deber de declarar a usted...

-¿Qué, señor doctor de mi alma? -interrumpió la angustiada madre.

-Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible -continuó con voz misteriosa- es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo se citó el caso admirable del "niño prodigio", y su fama

se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de la escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison... etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído con su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto, sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y "profundo", y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto-sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.